

BEN MACINTYRE

AGENTE

AMANTE, MADRE, SOLDADO, ESPÍA

SONYA



CRÍTICA

Ben Macintyre

Agente Sonya

Amante, madre, soldado y espía



Traducción castellana de
Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2021

Agente Sonya. Amante, madre, soldado, espía
Ben Macintyre

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Agent Sonya. Lover, Mother, Soldier, Spy*

© 2020, Ben Macintyre Books Ltd.

© de la traducción, Efrén del Valle, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-294-3
Depósito legal: B. 1.662-2021
2021. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Torbellino

El 1 de mayo de 1924, un policía de Berlín golpeó en la espalda con su porra de goma a una chica de dieciséis años y contribuyó a engendrar a una revolucionaria.

Durante varias horas, miles de berlineses habían recorrido las calles de la ciudad en el desfile del Día de los Trabajadores. Entre ellos había numerosos comunistas y una amplia delegación juvenil. Estos llevaban claveles rojos y pancartas que decían «Apartad las manos de la Rusia soviética» y entonaban canciones comunistas: «Somos los herreros del futuro rojo / Nuestro espíritu es fuerte / Nosotros forjamos las llaves de la felicidad». El gobierno había prohibido las manifestaciones políticas y las calles estaban bordeadas de policías que vigilaban con aire hosco. En una esquina se congregó un grupo de camisas pardas fascistas para abuchearlos. Hubo altercados. Voló una botella por los aires. Los comunistas cantaban más fuerte.

A la cabeza del grupo de jóvenes comunistas iba una chica esbelta con gorra de trabajador. Le faltaban dos semanas para cumplir diecisiete años. Era la primera manifestación de Ursula Kuczynski, y le brillaban los ojos de emoción mientras ondeaba su pancarta y entonaba el himno: «Auf, auf, zum Kampf» (Alzaos, alzaos para la batalla). La llamaban Torbellino y, al avanzar entre cánticos, Ursula ejecutaba un pequeño baile de pura felicidad.

El desfile dobló por Mittelstrasse cuando comenzaron las cargas policiales. Ursula recordaba «el chirrido de frenos que ahogó los cánticos, gritos, silbatos de la policía y protestas airadas. Tira-

ron a jóvenes al suelo y los arrastraron hasta la furgoneta». En medio del tumulto, la joven cayó de bruces sobre el asfalto. Al mirar hacia arriba, vio sobre ella a un policía fornido con un uniforme verde manchado de sudor a la altura de las axilas. El hombre sonrió, levantó la porra y la golpeó con todas sus fuerzas en la parte baja de la espalda.

Su primera sensación fue de furia, seguida del dolor más agudo que había sentido nunca: «Me dolía tanto que no podía respirar». Gabo Lewin, un joven comunista amigo suyo, la llevó a un portal. «No pasa nada, Torbellino», le dijo, frotándole la zona donde había recibido el porrazo. «Te pondrás bien». El grupo de Ursula se había dispersado. Algunos fueron detenidos, pero se acercaban miles de manifestantes por la amplia calle. Gabo ayudó a Ursula a levantarse y le dio una pancarta que se había caído. «Seguí con la manifestación —escribiría más tarde—, sin saber aún si era una decisión de por vida.»

La madre de Ursula se puso furiosa cuando su hija entró en casa aquella noche tambaleándose, con la ropa desgarrada y un moratón negro en la espalda.

Berta Kuczynski exigió saber qué hacía Ursula «paseando por las calles del brazo de una panda de adolescentes borrachos y gritando a voz en cuello».

—No íbamos borrachos y no estábamos gritando —repuso Ursula.

—¿Quiénes son esos adolescentes? —insistió Berta—. ¿Por qué te relacionas con esa clase de gente?

—«Esa clase de gente» es la rama local de las juventudes comunistas. Soy miembro.

Berta mandó a Ursula directamente al despacho de su padre.

—Yo respeto el derecho de todo el mundo a tener su opinión —dijo Robert Kuczynski a su hija—, pero una chica de diecisiete años no es lo bastante madura para comprometerse políticamente. Por tanto, te pido encarecidamente que devuelvas el carné de miembro y pospongas tu decisión unos años.

Ursula tenía preparada una respuesta.

—Si la gente de diecisiete años es lo bastante mayor para trabajar y ser explotada, también lo es para luchar contra la explotación, y justamente por eso me he hecho comunista.

Robert Kuczynski era simpatizante del comunismo y admiraba el espíritu de su hija, pero estaba claro que Ursula sería problemática. Los Kuczynski podían respaldar la lucha de las clases obreras, pero eso no significaba que quisieran que su hija se mezclara con ellas.

—Ese radicalismo político es solo una moda pasajera —le dijo Robert—. Dentro de cinco años te reirás de todo esto.

—Dentro de cinco años seré una comunista el doble de buena —replicó ella.

Los Kuczynski eran ricos, influyentes y, como todas las demás familias judías de Berlín, completamente ajenos al hecho de que, en unos años, su mundo quedaría arrasado por la guerra, la revolución y un genocidio sistemático. En 1924, Berlín albergaba a 160.000 judíos, aproximadamente un tercio de la población judía de Alemania.

Robert René Kuczynski (un nombre difícil de escribir pero fácil de pronunciar: *ko-chin-ski*) era el estadístico demográfico más distinguido de Alemania, un pionero en el uso de datos numéricos para contextualizar políticas sociales. Su método para calcular estadísticas de población, el «índice Kuczynski», sigue utilizándose a día de hoy. El padre de Robert, un próspero banquero y presidente de la Bolsa de Berlín, inculcó a su hijo la pasión por los libros y por el dinero para poder permitírselos. Kuczynski, un erudito amable y concienzudo y orgulloso descendiente de «seis generaciones de intelectuales», poseía la biblioteca privada más grande de Alemania.

En 1903, Robert se casó con Berta Gradenwitz, otro producto de la intelectualidad comercial germano-judía e hija de un constructor. Berta era una artista inteligente e indolente. Los primeros recuerdos que guardaba Ursula de su madre estaban compuestos de colores y texturas: «Todo relucía en tonos marrones y dorados. El terciopelo, su cabello, sus ojos».¹ Berta no era una pintora con talento, pero nadie se lo había dicho, así que seguía

dando brochazos alegremente, dedicada a su marido pero delegando el agotador cuidado diario de los niños a los sirvientes. Los Kuczynski, cosmopolitas y laicos, se consideraban ante todo alemanes, y el judaísmo ocupaba un lejano segundo puesto. En casa solían hablar inglés o francés.

La familia conocía a todas las figuras importantes de los círculos intelectuales de izquierdas en Berlín: el líder marxista Karl Liebknecht, los artistas Käthe Kollwitz y Max Liebermann, y Walther Rathenau, el industrial y futuro ministro de Asuntos Exteriores alemán. Albert Einstein era uno de los mejores amigos de Robert. Una noche cualquiera, se congregaba en torno a la mesa de los Kuczynski un grupo de artistas, escritores, científicos, políticos e intelectuales, tanto judíos como gentiles. El lugar exacto que ocupaba Robert en el confuso caleidoscopio político de Alemania era a la vez debatible y variado. Sus opiniones oscilaban desde la izquierda hasta el centro y la extrema izquierda, pero, a su juicio, era una figura demasiado elevada para atribuirle simples etiquetas partidistas. Tal como observaba Rathenau mordazmente: «Kuczynski siempre crea un partido de un solo hombre y luego se sitúa a la izquierda».² Durante dieciséis años ocupó el puesto de director de la Oficina de Estadística, situada en el barrio berlinés de Schöneberg, una leve carga que le dejaba tiempo de sobra para escribir ensayos académicos y artículos para periódicos de izquierdas y participar en campañas progresistas, sobre todo destinadas a mejorar las condiciones de vida de los distritos pobres de Berlín (que tal vez no llegó a visitar).

Ursula Maria era la segunda de los seis hijos de Robert y Berta. El primero, nacido tres años antes que ella, en 1904, era Jürgen, el único niño. A Ursula la seguirían cuatro hermanas: Brigitte (1910), Barbara (1913), Sabine (1919) y Renate (1923). Brigitte era la hermana predilecta de Ursula y la más próxima a ella por edad e ideología política. Nunca hubo duda de que el hijo varón ostentaba el rango más alto: Jürgen era precoz, inteligente, obstinado, consentido y siempre condescendiente con sus hermanas pequeñas. Era el confidente y rival no declarado de Ursula. Esta lo describía como «la persona más buena e inteligente» que conocía, y lo adoraba y detestaba a partes iguales.

En 1913, la víspera de la primera guerra mundial, los Kuczynski se mudaron a una espaciosa casa en el lago de Schlachtensee, en el exclusivo barrio berlinés de Zehlendorf, ubicado junto al bosque de Grunewald. La propiedad, que aún existe en la actualidad, se construyó en unas tierras heredadas por el padre de Berta. Sus extensos terrenos llegaban hasta el agua e incluían un huerto de árboles frutales, bosques y un gallinero. Se añadió un anexo para la biblioteca de Robert. Para los Kuczynski trabajaban un cocinero, un jardinero, dos sirvientes y, lo más importante, una niñera.

Olga Muth, conocida como Ollo, era algo más que un miembro de la familia. Era su pilar y ofrecía una estabilidad sobria y cotidiana, normas estrictas y un afecto ilimitado. Hija de un marinero de la flota del káiser, se había quedado sin padres cuando tenía seis años y se crio en un orfanato militar prusiano, un lugar de una brutalidad indescriptible que le dejó un alma herida, un corazón grande y un firme sentido de la disciplina. En 1911, cuando tenía treinta años, Ollo, una mujer animada, enérgica y de lengua afilada, empezó a trabajar de niñera en casa de los Kuczynski.

Entendía mejor a los niños que Berta y había perfeccionado técnicas para recordárselo: la niñera libraba una guerra silenciosa con *frau* Kuczynski, puntuada por furiosas discusiones durante las cuales solía irse como un vendaval, pero acababa volviendo. Ursula era la preferida de Ollo. A la niña le daba miedo la oscuridad y, mientras se celebraban cenas en el piso de arriba, las suaves nanas de Muth la calmaban hasta que se dormía. Años después, Ursula se dio cuenta de que el amor de Ollo en parte se veía motivado por la parcialidad hacia ella y contra su madre en «aquella batalla silenciosa de celos».

Ursula era una niña desgarbada, inquisitiva y tan inquieta que a su madre le resultaba absolutamente agotadora. Tenía una mata de pelo oscuro y áspero, «rebelde como una crin de caballo», murmuraba Ollo mientras se lo cepillaba enérgicamente. Su infancia fue idílica y la pasó bañándose en el lago, recogiendo huevos y jugando al escondite entre los arbustos de serbal. Pasaba parte del verano en Ahrenshoop, localidad situada en la costa

báltica, donde su tía Alice, la hermana de Robert, tenía una segunda residencia.

La pequeña tenía siete años cuando estalló la primera guerra mundial. «Hoy ya no hay diferencias entre nosotros. Hoy somos todos alemanes que defienden la patria», anunció el director de su colegio. Robert se alistó en la Guardia Prusiana, pero a sus treinta y siete años era demasiado mayor para el servicio activo y se pasó la guerra calculando los requisitos nutricionales de Alemania. Como muchos judíos, Georg Dorpalen, el marido de Alice, combatió valientemente en el Frente Occidental y volvió con una herida patriótica y una Cruz de Hierro. La riqueza protegió a los Kuczynski de las peores privaciones de la guerra, pero escaseaba la comida, por lo que enviaron a Ursula a un campamento para niños desnutridos en el Báltico. Olla metió en la maleta una bolsa de trufas con chocolate hechas con patata, cacao y sacarina, además de un montón de libros. Cuando regresó Ursula, convertida en una lectora ávida y con varios kilos de más gracias a una dieta a base de bolas de masa hervida y ciruelas pasas, la guerra había terminado. «Quita los codos de la mesa —le advirtió su madre—. No sorbas.» Ursula salió corriendo del comedor y cerró la puerta de golpe.

La derrota y humillación de Alemania supusieron el principio del fin de la vida feliz de los Kuczynski. Grandes contracorrientes de violencia política inundaban el país. Una oleada de altercados ciudadanos precipitó la abdicación del káiser y un levantamiento izquierdista fue brutalmente reprimido por los vestigios del ejército imperial y las milicias de derechas, o *Freikorps*. El 1 de enero de 1919, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fundaron el Partido Comunista de Alemania (Kommunistische Partei Deutschlands, o KPD), pero fueron capturados y asesinados en cuestión de días.

Así se introdujo en la República de Weimar una etapa de florecimiento cultural, hedonismo, desempleo masivo, inseguridad económica y turbios conflictos políticos mientras las fuerzas polarizadas de la extrema derecha y la izquierda radical chocaban con creciente furia. Las creencias de Robert Kuczynski se desplazaron más a la izquierda. «La Unión Soviética es el futuro»,

declaraba después de 1922. Aunque no se afilió nunca al KPD, Robert afirmaba que el Partido Comunista era la «menos insufrible» de las opciones existentes. En sus artículos, abogaba por una redistribución radical de la riqueza alemana, y los nacionalistas de derechas y los antisemitas tomaron nota de sus políticas. «No solo va contra nosotros —sentenciaba con pesimismo un industrial alemán—; además, es extremadamente insolente.»

El tumultuoso período de catorce años entre la caída del káiser y el ascenso de Hitler se considera una época cada vez más amenazante, el telón de fondo de los horrores que vendrían. Pero ser joven e idealista en aquellos años, mientras el mundo se volvía loco, resultaba embriagador, provocador y emocionante. Las deudas de la guerra, las reparaciones y la mala gestión económica causaron una hiperinflación. El dinero apenas valía el papel en el que estaba impreso. Algunos se morían de hambre, mientras que otros gastaban como lunáticos, ya que no tenía sentido guardar un dinero que pronto no valdría nada. Se producían escenas surrealistas: los precios aumentaban con tanta rapidez que los camareros de los restaurantes se encaramaban a las mesas para anunciar los nuevos precios del menú cada media hora; una barra de pan que costaba 160 marcos en 1922 se vendía por doscientos millones a finales de 1923. Ursula escribió: «Las mujeres esperan a las puertas de la fábrica los paquetes con la paga de sus maridos. Cada semana reciben fardos de miles de millones de marcos. Con el dinero en sus manos, van corriendo a las tiendas, porque dos horas más tarde la margarina podría costar el doble».

Una tarde, la joven encontró en el parque a un hombre tumbado debajo de un banco, un veterano de guerra con un muñón y una triste bolsa de posesiones pegada al pecho. Estaba muerto. «¿Por qué ocurren cosas tan espantosas en el mundo?», se preguntó.

Aunque la vida en Schlachtensee seguía como casi siempre, con su conversación culta y sus muebles caros, millones de personas se radicalizaron políticamente. En 1922, Walther Rathenau, el ministro de Asuntos Exteriores, fue asesinado por ultranacionalistas después de firmar un tratado con la Unión Soviética. Cada día, Ursula era testigo de la grotesca disparidad entre los pobres

de las ciudades y la burguesía rica, de la cual ella formaba parte. Devoraba las obras de Lenin y Luxemburgo, y las novelas radicales de Jack London y Máximo Gorki. Quería ir a la universidad como su hermano.

Jürgen ya era una estrella en auge de la izquierda académica. Después de estudiar Filosofía, Economía política y Estadística en las universidades de Berlín, Erlangen y Heidelberg, obtuvo un doctorado en Economía antes de zarpar en 1926 hacia Estados Unidos para cursar un posgrado en la Brookings Institution de Washington D. C. Allí conoció a Marguerite Steinfeld, otra investigadora de la economía, con la que se casó dos años después.

Berta se puso firme: su hija descarriada no necesitaba más educación, sino aptitudes femeninas y un marido. En 1923, cuando tenía dieciséis años, matricularon a Ursula en una escuela de oficios para que estudiara mecanografía y taquigrafía.

Por la noche escribía poemas, relatos e historias de aventuras y romances. Al ver que le negaban una educación académica, invirtió la energía en su mundo imaginario. Sus infantiles escritos reflejaban un anhelo de emociones, un sentido de la teatralidad y un amor por lo absurdo. Ursula siempre era la protagonista de sus historias y escribía sobre sí misma en tercera persona, una joven que lograba grandes hitos gracias a su determinación y su voluntad de correr riesgos. De uno de los personajes decía: «Había superado la debilidad física de su niñez, había aprendido a ser fuerte». Sus hermanas pequeñas la llamaban «Torbellino de cuento de hadas». Su diario reflejaba las típicas preocupaciones adolescentes, pero también un optimismo irreprimible. «Estoy de mal humor —escribía—. Irritable y gruñendo, soy una exaltada, una mestiza con una melena negra, nariz de judía y unas extremidades torpes, quejica y taciturna [...] pero luego están el cielo azul, un sol que calienta, gotas de rocío en los abetos y un remolino de viento, y quiero salir y saltar, correr y amar a todo ser humano.»

El año que Ursula finalizó su educación formal, Hitler perpetró el *Putsch* de la cervecería de Múnich, un golpe de Estado fallido que dio fama al futuro Führer y lo llevó a la cárcel, donde dictó *Mein Kampf*, la biblia de la intolerancia nazi.

Absorbiendo los instintos políticos de su padre, consternada por la degradación humana que había presenciado, horrorizada por el fascismo y cautivada por las nuevas ideas de igualdad social, guerra de clases y revolución, Ursula se vio arrastrada inexorablemente hacia el comunismo. «La revolución social de Alemania está a la vuelta de la esquina —declaró—. El comunismo hará a la gente más feliz y mejor.» La revolución bolchevique había demostrado que el viejo orden estaba podrido y condenado al fracaso. El fascismo debía ser derrotado. En 1924 se afilió a la *Kommunistischer Jugendverband Deutschlands*, o Liga de los Jóvenes Comunistas de Alemania, y se trasladó al hogar ideológico que ocuparía el resto de su vida. Tenía dieciséis años. Como otros comunistas provenientes de familias adineradas, Ursula restaba importancia a sus orígenes privilegiados. «Vivíamos más modestamente de lo que cabría imaginar —insistía—. Uno de mis bisabuelos vendía cordones de zapatos en un puesto ambulante en Galicia.»

Los jóvenes compañeros comunistas de Ursula procedían de todos los rincones, clases y comunidades de Berlín, unidos por la determinación de derrocar la opresión capitalista y crear una nueva sociedad. En aquel ambiente estimulante, las amistades afloraban con rapidez. Gabriel «Gabo» Lewin era un chico de clase media del extrarradio. Heinz Altmann era un atractivo aprendiz cuya insistencia había infundido a Ursula el «ímpetu definitivo» para unirse al partido. Eran los jóvenes peones del comunismo alemán, y Ursula estaba encantada de ser uno de ellos. La manifestación del Día de los Trabajadores de 1924 le inspiró una afición por el riesgo que se prolongaría de por vida. Los moratones de la porra del policía acabaron desapareciendo, pero su indignación no lo hizo jamás.

Los fines de semana, la Liga de los Jóvenes Comunistas se desplazaba al campo para explicar el marxismo-leninismo a los campesinos alemanes, que con frecuencia respondían soltando los perros contra los jóvenes evangelizadores. Una noche en Löwenberg, al norte de Berlín, un granjero simpatizante permitió al grupo que durmiera en su pajar. «Aquella noche estábamos especialmente animados —escribió Ursula—. En cuanto nos

tumbamos, alguien empezó a imaginar aquel lugar veinte años después. Löwenberg en 1944: hace mucho que es comunista. Durante mucho tiempo, discutimos si el dinero ya debería haber sido abolido. Para entonces, lamentablemente ya seríamos muy mayores. ¡Unos treinta y cinco años!» Se durmieron soñando con la revolución.

Ursula era una de las misioneras. Nunca sermoneaba a nadie, pero le encantaba convertir a la gente, y solía desgastar a los incrédulos hasta que veían el mundo igual que ella. Empezó a hacerlo con la niñera de la familia. «Intenté explicarle las cosas y le parecía que tenía sentido», afirmaba Ursula. A Olga Muth aquello no le interesaba en absoluto, pero hizo creer a la chica que la estaba escuchando.

Los Kuczynski no aprobaban que su hija recibiera golpes de la policía y que pasara las noches en pajares con un grupo de jóvenes comunistas. En vista de que «la lectura era su único campo de interés», Robert consiguió que entrara como aprendiz en la librería R. L. Prager de Mittelstrasse, especializada en derecho y ciencias políticas. Berta le compró unos zapatos de tacón, un vestido azul oscuro con el cuello blanco, guantes y un bolso marrón de piel de cocodrilo. La madre y la niñera inspeccionaron a Ursula antes de salir en su primer día de trabajo.

—Nada delante y nada detrás —dijo Ollo—. Sigues pareciendo un chico.

—Pero tiene unas piernas bastante bonitas —comentó Berta—. Solo se nota si das pasos cortos.

Ollo coincidía.

—Ursel nunca será una dama.

Como todo lo que decía Olga Muth, era duro pero cierto. Con su nariz larga, su mata de pelo y su actitud directa, Ursula no poseía feminidad alguna. «Jamás me convertiré en el famoso cisne bello —escribió en su diario—. ¿Cómo iban a empequeñecerse de repente mi nariz, mis orejas y mi boca?» Sin embargo, incluso de niña rezumaba un poderoso atractivo sexual que a muchos les resultaba irresistible. Se rio cuando el trabajador que estaba arreglando el tejado del Dresdner Bank le silbó al pasar en bicicleta de camino al trabajo: «Me lanzó un beso y extendió

los brazos». Con sus ojos brillantes, su figura esbelta y su risa contagiosa, nunca le faltaba pareja de baile en las fiestas de adolescentes de Zehlendorf. En una de ellas llevaba «unos pantalones diminutos de color rojo chillón y una camisa ajustada con cuello rígido» y bailó hasta las seis y media de la mañana. «Cuentan algunos que besé a veinte chicos —le dijo a su hermano—. No pudieron ser más de diecinueve.»

El trabajo en Prager era aburrido y agotador. El encargado era un tirano que fumaba un cigarrillo tras otro y tenía una cabeza grande, calva y algo estrecha. Su afición era inventar nuevas humillaciones y tareas inútiles para sus empleados. Ursula lo apodaba el Cebolla y lo tachaba de explotador capitalista. Se pasaba el tiempo «agitando el trapo del polvo en nichos sin ventilación». No le permitían leer mientras trabajaba. «Existen otras profesiones —pensaba—. Leñadora, por ejemplo. ¿Podría ser leñadora?» Su exiguo salario quedó prácticamente en nada debido a la inflación galopante. Recordaba sus años de adolescencia en la República de Weimar a través de una serie de imágenes de tinte político: «La riqueza de los pequeños grupos privilegiados y la pobreza de los muchos, los desempleados mendigando en las esquinas». Decidió cambiar el mundo, porque Ursula era ambiciosa y segura de sí misma; transformaría la sociedad de manera más radical que su padre, y estaba decidida a ser mejor madre que la suya. Esas dos ambiciones no siempre se compaginaban bien.

Robert y Berta Kuczynski dejaron de intentar refrenar las ideas políticas de su hija. En 1926, Robert aceptó un puesto temporal en la Brookings Institution para investigar estadísticas económicas y demográficas estadounidenses junto a Jürgen. Robert y Berta visitarían Estados Unidos periódicamente en los años sucesivos y dejaban a Ursula y Olga Muth al mando de la casa, lo cual reforzó el vínculo que mantenían: «Nuestra Olla, que nunca ha tenido a nadie a quien querer. Olla, la criatura histérica y gris, siempre insatisfecha, que está enamorada de cada uno de nosotros, Olla, que camina sobre el fuego por nosotros, que lo hace todo por nosotros, que solo vive por nosotros, que no conoce nada del mundo salvo sus seis». Las cartas de Ursula a sus padres a tiempo parcial reflejaban su irónico resentimiento: «Querida

mamá, confío en que tus sentimientos maternos mantengan tu interés en nuestras pequeñas trivialidades». En otra insistía: «Abrigamos la unánime esperanza de que mamá pronto deje de tener ideas brillantes en cuestiones domésticas, recomendaciones para cocinar repollo, limpiar la casa y otros consejos».

Mientras Ursula se pasaba el día desempolvando libros, su hermano los escribía. En 1926, a sus veintidós años, Jürgen Kuczynski publicó *Zurück zu Marx (Retorno a Marx)*, el murmullo inaugural de una avalancha de escritos que verían la luz en las décadas posteriores. A Jürgen le encantaba el sonido de su propia voz, pero aún más el de su pluma. Su producción fue prodigiosa: al menos cuatro mil obras publicadas, incluyendo montones de artículos periodísticos, panfletos, discursos y ensayos sobre política, economía, estadística e incluso cocina. Jürgen habría sido mejor escritor si hubiera escrito menos. Su estilo perdió ostentación con el paso de los años, pero no era capaz de decir en pocas palabras lo que podía decirse en muchas. Su estudio sobre las condiciones laborales acabaría ocupando cuarenta volúmenes. A pesar de sus quinientas páginas, *Regreso a Marx* era una obra comparativamente breve. Con su habitual grandilocuencia, le dijo a su hermana que esperaba que «los trabajadores lo leyeran con deleite». Ursula le ofreció algunas sugerencias editoriales: «Escribe frases más sencillas y cortas. Deberías aspirar a la simplicidad en tu presentación para que todo el mundo pueda entenderlo. A veces, el texto solo se complica cuando, para ser más convincente, se repite en dos o tres lugares y solo cambia la forma y estructura de la frase». Era un consejo excelente que Jürgen ignoró.

En casa y en el trabajo, Ursula era un burro de carga. Fuera de allí, era una revolucionaria.

Semanas antes de su decimonoveno cumpleaños, Ursula se unió al KPD, el Partido Comunista más grande de Europa. A las órdenes de su nuevo líder, Ernst Thälmann, el partido era cada vez más leninista (más tarde estalinista), y estaba comprometido con la democracia, pero recibía directrices y financiación directamente de Moscú. El KPD tenía un ala paramilitar y mantenía un conflicto cada vez más intenso con los camisas pardas nazis. Los comunistas se prepararon para la batalla. Las noches con luna, en

un rincón remoto del bosque de Grunewald, Gabo Lewin y Heinz Altmann, los amigos de Ursula en la Liga de los Jóvenes Comunistas, le enseñaban a disparar. Al principio erraba siempre el blanco, hasta que Gabo le dijo que cerraba el ojo equivocado. Más tarde demostraría ser una excelente tiradora. Gabo le dio una Luger semiautomática y le enseñó a desmontarla y limpiarla. Ursula escondía el arma en un cojín roto colocado detrás de una viga en la buhardilla de Schlachtensee. Cuando llegara la revolución, estaría preparada.

Ursula participaba en las manifestaciones antifascistas. «Terriblemente ocupada —escribió—. Preparándome para el aniversario de la Revolución rusa.» En las pausas para el almuerzo, se sentaba en Unter den Linden, el bulevar arbolado que discurría por el centro de Berlín, a leer el periódico comunista *Die Rote Fahne* (*La Bandera Roja*). A menudo buscaba a los taxistas y fruteros de clase trabajadora, muchos de los cuales eran comunistas, y debatía ávidamente sobre política. En su diario escribió: «Hay tanta gente hambrienta, tantos vagabundos en las calles...».

Una tarde, Ursula se unió a un grupo de jóvenes de izquierdas, miembros del Partido Socialdemócrata y del KPD, y fueron a tomar el sol y nadar en un lago situado a las afueras de Berlín. Más tarde recordaba aquel momento: «Me di la vuelta y había un hombre de unos veinticinco años, bien acicalado, un poco encorvado, con una cara inteligente, casi hermosa. Se me quedó mirando. Tenía los ojos grandes, de un color marrón oscuro. Era judío». El joven le preguntó si podía sentarse con ella y charlar. «No tengo tiempo —le dijo—. Tengo que ir a una clase de trabajadores marxistas.» Él insistió y le preguntó si podían volver a verse. «¡Podría planteármelo!», respondió Ursula antes de irse. Días después, el joven de ojos marrones estaba esperándola frente al edificio en el que se celebraba su clase marxista.

Rudolf Hamburger estudiaba arquitectura en la Universidad Técnica de Berlín. Rudi era cuatro años mayor que ella y resultó que eran parientes lejanos —su madre y Berta Kuczynski eran primas segundas— y tenían unos orígenes parecidos. Hamburger nació en Landeshut, en la Baja Silesia, donde Max, su padre, tenía fábricas textiles en las que producían uniformes para el

ejército. Era el segundo de tres hijos y se crio en un ambiente de políticas liberales y una cultura intelectual judía un tanto anticuada. Max Hamburger construyó una urbanización para sus 850 empleados. La familia era progresista en lo político, pero de ningún modo revolucionaria. Rudi ya era un defensor acérrimo del modernismo arquitectónico y del movimiento Bauhaus. Sus compañeros de estudios, escribió, incluían a «un aristócrata austriaco, un japonés que diseñaba interiores y combinaba tonos pastel con meticulosidad, un anarquista y una chica húngara con una creencia totalmente injustificada en su propia genialidad». Otro de sus coetáneos era Albert Speer, el «arquitecto de Hitler» y futuro ministro nazi de Armamento y Producción de guerra.

Ursula sentía una gran atracción y, por impulso, invitó a Hamburger a una reunión comunista. Se llevaban bien y lo invitó a otra. «Finalmente ha llegado el momento de estar con Rudi otra vez —escribió en su diario—. Me ayuda a preparar el té. No se da cuenta de que he puesto el gas tan bajo que hierve poco a poco [...] Mi abrigo de invierno es demasiado delgado, según él. Quiere volverme un poco vanidosa.» Ursula se compró un abrigo nuevo y luego se reprochó aquella extravagancia mientras otros morían de hambre. «Echo de menos a Rudi —escribió—. Y luego me enfado porque una persona así pueda traerme de cabeza. Y después lo necesito mucho. Y al final me quedo dormida entre sollozos.» Una noche, al volver a casa de un concierto, Rudi se detuvo debajo de una farola: «Se situó con la luz de frente. Seguía teniendo el cabello sorprendentemente rebelde y sus ojos oscuros nunca perdían aquella melancolía y la expresión velada, ni siquiera cuando se reía o estaba sumido en sus pensamientos». Fue entonces cuando se enamoró. «¿Un segundo, una frase, la expresión en los ojos de una persona pueden transformar de repente todo lo anterior en algo nuevo?», se preguntaba. Rudi la acompañó a casa. «Aquella noche me besó —escribiría—. Me puse triste porque yo tenía los labios muy secos. Es una minucia, pero llevaba pensando en aquel beso toda la tarde con silencioso regocijo.»

Rudi Hamburger era casi el novio ideal: bondadoso, divertido, amable y judío. Los padres de ambos lo aprobaban. Si ella se

ponía demasiado seria, él se ponía bromista. Y cuando hablaba de su ambición de convertirse en un gran arquitecto, sus ojos grandes se llenaban de luz. Era generoso. «Rudi me ha regalado una chocolatina», le dijo Ursula a su hermano. Los dulces escaseaban y ella recalcó que no era una muestra de autocomplacencia burguesa: «No le ha costado dinero. Nosotros no cometemos esas estupideces. Pero, si alguien le regala algo, siempre lo comparte conmigo».

Rudi hablaba de matrimonio. Ursula se resistía.

Porque solo había un problema con Rudolf Hamburger: no era comunista. Podían compartir la herencia judía, sus intereses culturales y el chocolate, pero el amante de Ursula no era un camarada y no daba muestras de que fuera a convertirse.

La ideología de Hamburger era liberal y progresista, pero con el comunismo trazaba una línea. Sus disputas seguían un patrón.

—Cuestionas el socialismo en general y nuestras creencias en particular —protestaba ella—. Tus ideas acerca del comunismo vienen determinadas por las emociones y carecen de la menor base científica.

Rudi enumeraba sus objeciones hacia el comunismo:

—Las exageraciones de la prensa, el tono primitivo de ciertos artículos, los discursos aburridos plagados de jerga, el desprecio arrogante por las opiniones contrarias, el torpe comportamiento hacia los intelectuales, a los que aisláis en lugar de intentar ganároslos, insultar a los opositores en lugar de desarmarlos mediante la lógica y reclutarlos.

Ursula calificaba aquello de «típica actitud mezquina de burgués». Pero en privado «sabía que lo que decía encerraba algo de verdad», cosa que la enojaba aún más.

La pelea solía acabar con una broma de Rudi:

—No discutamos. Una revolución mundial no es motivo para que nos gritemos.

Rudi se afilió a Socorro Rojo, una organización de ayuda a los trabajadores vinculada a los comunistas. Leyó a Lenin y Engels y se declaró «simpatizante», pero se negaba en redondo a afiliarse al KPD o a participar del activismo de Ursula. Bajo su apariencia plácida, Hamburger era sumamente testarudo, y nada podría

convencerlo de que se uniera. «Hay cosas del partido que me inquietan —decía—. A lo mejor llegaré poco a poco si me das tiempo.»

Después de una discusión especialmente vehemente, Ursula escribió: «Cuando Rudi cuestiona la viabilidad del socialismo, me enfado y respondo. Para él es como si tuviéramos opiniones distintas sobre un libro o una obra de arte, mientras que para mí se trata de los problemas más vitales, de nuestra actitud hacia la vida. A veces me parece un desconocido». Pero Ursula no pensaba tirar la toalla. Elaboró una lista de citas comunistas y se la regaló a Rudi, una inverosímil muestra de amor. «Creo que, si seguimos juntos, es solo cuestión de tiempo que se afilie al partido —le dijo a Jürgen—. Pero podría tardar dos años tranquilamente.»

En abril de 1927, Ursula abandonó Prager y a su odiado Cebolla y empezó a trabajar como ayudante en los archivos de Ullstein, de propiedad judía y uno de los periódicos y editoriales más importantes de Alemania. Una de sus primeras iniciativas allí fue escribir un artículo para *Die Rote Fahne* sobre las inadecuadas condiciones de su nuevo lugar de trabajo: «Se han repartido mil doscientos ejemplares gratuitos en la entrada y han causado bastante impresión». A los directores se la causó, desde luego.

Tras menos de un año en Ullstein, Ursula fue despedida. Era problemática y, en un momento de agitación política y creciente antisemitismo, los editores no querían problemas.

—Tienes que irte —le dijo Hermann Ullstein.

—¿Por qué? —preguntó Ursula, aunque ya conocía la respuesta.

—Una empresa democrática no puede ofrecer perspectivas a una comunista.

Con un currículum laboral disperso, poca experiencia y un desempleo que seguía en aumento, a Ursula le resultaba imposible encontrar trabajo y se negaba a aceptar ayuda económica de sus padres. Quería un desafío, algo desconocido y un lugar donde poder pensar y escribir. Necesitaba una aventura en un escenario distinto. Eligió Estados Unidos.

El gran Lenin había escrito: «Primero conquistaremos Europa del Este y después a las masas de Asia. Rodearemos al último

bastión del capitalismo, Estados Unidos de América. No será necesario luchar. Nos caerá en las manos como una fruta madura». Estados Unidos estaba listo para la revolución. Además, Jürgen aún vivía allí, y ella quería verle. Estaba decidida: iría a Estados Unidos y regresaría cuando Rudi finalizara sus estudios de arquitectura. O posiblemente no. Era una decisión quijotesca y, para una mujer soltera de veintiún años que nunca había viajado al extranjero, sumamente osada. Ignorando las súplicas de su madre y las ofertas económicas de su padre, en septiembre de 1928 embarcó en un transatlántico rumbo a Filadelfia. Rudi fue a despedirla, preguntándose si volvería a verla algún día.

La víspera de la Gran Depresión, Estados Unidos era un lugar de ardiente vitalidad y acuciante pobreza, oportunidad y declive, alegre esperanza y calamidad económica inminente. Ursula era independiente por primera vez en su vida. Encontró trabajo enseñando alemán a los hijos de una familia cuáquera y luego de camarera en el hotel Pennsylvania. Su inglés, que ya era bueno, mejoró con rapidez. Al cabo de un mes se montó en un tren con destino a Nueva York y fue al Lower East Side de Manhattan.

En el Henry Street Settlement, fundado por la reformista y enfermera progresista Lillian Wald, se ofrecía atención médica, educación y cultura a los inmigrantes pobres de la ciudad. Estos podían alojarse allí sin pagar alquiler a cambio de unas cuantas horas de trabajos sociales cada semana. Wald era la animadora del centro, una defensora de los derechos de las mujeres y las minorías, el sufragio y la integración racial, una feminista adelantada a su época y, para la recién llegada al Henry Street Settlement, una revelación y una inspiración. Ursula salió de su primera y única reunión con Wald profundamente impresionada por la personalidad y filosofía de la estadounidense: «La tarea de organizar la felicidad humana requiere la cooperación activa de hombres y mujeres. No puede quedar relegada a una mitad del mundo», declaraba Wald. Ursula se instaló allí y encontró trabajo en la librería Prosnit, situada en la parte alta de Manhattan.

Permanecería en Estados Unidos casi un año. La experiencia la transformó profundamente e inició una relación de amor-odio

con el Occidente capitalista que perduraría el resto de su vida. Los extremos políticos y económicos de Estados Unidos a finales de los felices años veinte eran comparables a los de la Alemania de Weimar. Nueva York había superado a Londres como la ciudad más poblada del planeta, con más de diez millones de habitantes, y rezumaba energía, creatividad, riqueza y una obsesión con las nuevas tecnologías, los coches, los teléfonos, la radio y el jazz. Sin embargo, bajo aquella superficie reluciente estaba gestándose el desastre mientras inversores, grandes y pequeños, inyectaban dinero en un mercado de valores sobrecalentado, creyendo que la burbuja no estallaría jamás.

A diferencia del Cebolla, Prosnit se alegraba de tener como empleada a un ratón de biblioteca. Ursula ya conocía la bibliografía marxista-leninista. Podía citar fragmentos de memoria, y lo hacía con excesiva frecuencia. Muchos clientes de Prosnit eran comunistas estadounidenses y las estanterías ofrecían nuevos horizontes de izquierdas, como el movimiento de la literatura proletaria: libros creados por escritores de clase trabajadora para lectores con conciencia de clase. Ursula se sintió cautivada por el vigor intelectual de la izquierda estadounidense. Un nuevo libro en particular le llegó al corazón. En abril de 1929 se publicó *Hija de la tierra*, de la escritora estadounidense radical Agnes Smedley. La novela, que apenas oculta su condición autobiográfica, cuenta la historia de Marie Rogers, una joven de familia pobre que tiene problemas en sus relaciones y adopta las causas del socialismo internacional y la independencia india. «No tengo país —declara la protagonista de Smedley—. Mis compatriotas son los hombres y mujeres que trabajan contra la opresión [...] Mi lugar está con los que mueren por otras causas, agotados por la pobreza, víctimas de la riqueza y el poder, combatientes de una gran causa.»³ *Hija de la tierra* fue un éxito de ventas inmediato, y pronto se consideró a Smedley «la madre del radicalismo literario de las mujeres».⁴ Para Ursula, el libro fue un llamamiento a las armas: una mujer que defendía ferozmente a los oprimidos, que exigía un cambio radical y que estaba dispuesta a morir por una causa que parecía romántica, glamurosa y arriesgada.

Semanas después de su llegada a Nueva York, Ursula se afilió al Partido Comunista de Estados Unidos. Aquella primavera asistió a un campamento de verano socialista en el río Hudson, donde se encontró con Michael Gold, un conocido de sus padres y, en aquel momento, la voz radical más famosa del país. Gold era el seudónimo de Itzok Isaac Granich. Hijo de judíos rumanos inmigrantes y criado en la pobreza en el Lower East Side, era un comunista acérrimo, director y fundador de la revista marxista *The New Masses* y un feroz polemista. A Gold le gustaba presentar batalla. Cuando describió a Ernest Hemingway como un «renegado», este envió una respuesta categórica: «Decidle a Mike Gold de parte de Ernest Hemingway que se vaya a la mierda». ⁵ Ursula afirmaba que *Judíos sin dinero*, la novela de Gold, era uno de sus libros favoritos.

A la vez cautivada y repelida por Nueva York, Ursula echaba de menos su hogar, a sus camaradas y a su familia. Pero, sobre todo, echaba de menos a Rudi.

En otoño de 1929, zarpó hacia Alemania. Semanas después, el mercado de valores estadounidense se desplomó, arrastrando a millones de personas a la pobreza, y dio comienzo la Gran Depresión.

Hasta que vio a Rudi esperándola en el muelle, Ursula no se dio cuenta de lo mucho que le quería. Sus dudas sobre la ideología política de Rudi se habían atenuado durante su estancia en Estados Unidos. Acabaría viendo la luz. Ursula Kuczynski y Rudolf Hamburger contrajeron matrimonio en octubre en una sencilla ceremonia a la que asistieron familiares y amigos íntimos.

Los recién casados eran felices, no tenían trabajo, se hallaban en la ruina y Ursula estaba extremadamente ocupada fomentando la rebelión. Por una cuestión de principios, la pareja se negaba a aceptar dinero de sus padres, así que se mudaron a un pequeño piso de una habitación que no disponía de calefacción ni agua caliente. Ursula merodeaba por Berlín escribiendo artículos para *Die Rote Fahne* y organizando producciones teatrales de propaganda política y exposiciones de libros radicales. Los líderes del partido le pidieron que creara una biblioteca para los trabajadores marxistas, para que estos pudieran tomar prestados libros de te-

mática izquierdista. Con la ayuda de Erich Henschke, un judío ortodoxo de Danzig que trabajaba de enterrador, se paseaba con una carreta por Berlín recogiendo libros comunistas de editores radicales y camaradas simpatizantes. Cuando un periódico publicó una fotografía de Ursula con su puesto ambulante de libros, sus padres quedaron consternados: «Me permitían llevar la carreta por la ciudad, pero no que me fotografiaran haciéndolo». Henschke era un matón comunista que prefería dar palizas a camisas pardas a recoger libros que no sentía el menor deseo de leer. Finalmente, acumularon un fondo de dos mil títulos y los organizaron en unas estanterías improvisadas en un antiguo palomar del barrio judío de clase trabajadora. Rudi pintó un cartel con grandes letras rojas: «Biblioteca de los Trabajadores Marxistas. Préstamos 10 pfennigs por libro». El primer cliente fue un anciano que trabajaba en una fábrica: «¿Tenéis algo muy sencillo sobre socialismo para mi mujer? Sin palabras extranjeras». El negocio iba lento, y tampoco ayudaba el olor leve pero persistente a heces de paloma.

Ursula regentaba un puesto en la Feria del Libro Revolucionario de Berlín cuando un elegante extranjero de piel oscura empezó a hojear los títulos. Ella le recomendó que leyera *Hija de la tierra*. Con cierto pesar, el hombre le explicó que ya lo había leído, pues Agnes Smedley era su mujer y lo había abandonado. Ursula se quedó atónita: era el revolucionario indio Virendranath Chattopadhyaya.

Promover la literatura marxista era divertido e ideológicamente encomiable, pero no generaba beneficio alguno. Ahora, Rudi estaba cualificado, pero se sentía frustrado por la escasez de trabajo en el ámbito de la arquitectura. Un amigo de Ursula lo contrató para que decorara (totalmente de rojo) el interior de la Librería Roja, un establecimiento comunista situado cerca de la estación ferroviaria de Görlitz. Planificó la ampliación de la biblioteca de su suegro y trabajó en el diseño de un nuevo hotel. Pero, a medida que empeoraba la crisis internacional, los encargos fueron cesando.

La ayuda llegó de muy lejos. Helmuth Woidt, un amigo de infancia de Rudi, estaba trabajando en Shanghái como empleado

de Siemens, el fabricante alemán. A principios de 1930, Woitd envió un telegrama a Rudi para avisarlo de una oferta de trabajo publicada en el periódico de la ciudad: el Consejo Municipal de Shanghái, dirigido por los británicos, buscaba un arquitecto para construir edificios gubernamentales. Rudi presentó su candidatura y obtuvo respuesta inmediata: si se pagaba el billete a China, el trabajo era suyo. Woitd les ofreció alojamiento gratuito en el piso situado encima de su casa de Shanghái.

Al principio, Ursula no lo tenía claro. ¿Estaría abandonando a sus camaradas si volvía a marcharse de Alemania? Sin embargo, la revolución era internacional y China resultaba increíblemente romántica. Ursula informó a la sede del KPD de que se iba a Shanghái y tenía intención de afiliarse al Partido Comunista Chino, igual que había hecho anteriormente con su versión estadounidense. «El comunismo es internacional. También puedo trabajar en China», les dijo ingenuamente a sus camaradas.

Ursula no tenía ni idea de la tormenta política en la que se estaba metiendo. En efecto, había un Partido Comunista Chino en Shanghái, pero estaba ilegalizado, sufría persecuciones y se enfrentaba a su aniquilación.